

**OLOIXARAC, P. (2010). *LAS TEORÍAS SALVAJES*. BARCELONA (ESPAÑA):  
ALPHA DECAY.**

Reseñado por Ana García Julio  
Universidad Central de Venezuela  
annajulia17@hotmail.com / @modernasalvaje

«¿Cómo embestir humanos?» «¿Cómo proteger al hombre de sí mismo?» Aunque no son las únicas preguntas que plantea (a decir verdad, la obra tiene más de afirmación lenguaraz que de indagación), estas dos interrogantes recogen el espíritu indómito de *Las teorías salvajes*, de Pola Oloixarac (1977). Quizás lo mejor de todo sea que su ferocidad anticipa la de las respuestas. Sofisticada, brutal, divertida e impredecible, esta novela –cuya traducción al francés fue publicada recientemente por Éditions du Seuil– constituye un ambicioso debut literario en la medida en que aspira a darle a su trama de ficción un barniz «científico», empresa en la que resuenan las palabras del sociólogo estadounidense Morroe Berger:

La novela puede hacer todo aquello de que es capaz la ciencia. Así, Balzac creyó que estaba describiendo y categorizando seres humanos a la manera como los zoólogos clasifican animales. Para realistas y naturalistas como Flaubert, Zola, Frank Norris y Theodore Dreiser, sus novelas eran reportes objetivos acerca de la conducta humana. Zola proclamó el advenimiento de la novela experimental y hoy tenemos la novela que no es narración. (1979: 18-19)

Por momentos, la apuesta de Oloixarac parece llevar a los confines de lo literario aquello a lo que aspiraban «realistas y naturalistas». Más que imitar los métodos de observación y el discurso de la antropología, la psicología y/o la sociología, los parodia: desplaza el tradicional comentario al margen de la historia hacia el centro, situándolo en primer plano. En vez de atenuar la sutil tensión de la

observación «científica» –a fin de cuentas, aquí se trata de literatura, no de ciencia–, la capitaliza como tono dominante, creando un efecto de distancia irónica. La trama parece el laboratorio donde se ensaya, observa y demuestra la teoría. Los personajes son sujetos de estudio, pero a su vez rumian y constatan sus propias teorías sobre la vida en sociedad y la naturaleza humana.

Para empezar, el libro nos pone en la mira a Kamtchowsky, una chica porteña de clase media, nacida en la década de 1970, y a su novio Pablo (mejor conocido como Pabst): malcrecidos, neuróticos y feos. Bloguero él, documentalista ella, se mueven por «praderas psicopáticas» de la noche joven bonaerense, empleando su inteligencia monstruosa contra el prójimo para resarcirse de sus limitaciones. En el camino se involucrarán con su antítesis: los hermosos y exitosos Mara y Andy. Pero ni siquiera sus experiencias compartidas de drogas, sexo y proyectos «culturales» conseguirán distraerlos de su hiperintelectualidad.

En otro vértice de la historia está Augusto García Roxler, catedrático cuyo prestigio académico se asienta en el desarrollo de la Teoría de las Transmisiones Yoicas. Originalmente esbozada por un antropólogo holandés que desapareció en la selva africana a principios del siglo XX, la TTY afirma la pervivencia de cierta memoria primitiva en el hombre, no como predador, sino como víctima de las bestias. En dos platos: una teoría sobre el origen del miedo en la especie humana, que influiría en nuestras tácticas actuales de supervivencia, de guerra, de seducción.

Con suerte, donde hay un teórico brillante, hay un discípulo fervoroso. Y esa es Rosa Ostreech, estudiante de filosofía, veinteañera, felina, narcisista, que se lanza a investigar las posibilidades de la teoría de García Roxler, le hace correcciones y lo asedia por doquier, en un fascinante caso de erotomanía. «Tu teoría se queda incompleta sin mí» (2010: 65), declara con desparpajo y ternura. «Yo que he convertido en mi propia carne cada parte de tu teoría...» (*idem*: 132). Con el fin de «probarse» (o sea, de probar los resortes de la TTY) tramará un plan para seducir a Collazo, un ex guerrillero y escritor. Y es que toda teoría –dice– tiene un precursor, un teórico y una víctima.

Poseída por el espíritu de la teoría (¿el equivalente científico de la escucha poética?), la Ostreech se despliega ante el lector como una

bacante intelectual. Su frenesí nos depara algunos de los momentos más intensos y más hilarantes de la novela.

Estos y otros personajes tienen como telón de fondo la Argentina actual y, en cierto modo, la de las últimas tres décadas, cuya memoria deconstruye Oloixarac de forma aleatoria. La familia, la militancia política, las vías de acceso a la celebridad, las formas de construir y hacer trascender el conocimiento, las relaciones de pareja, los intelectuales, los héroes, los políticos, los freudianos, los lacanianos, la izquierda, la derecha. A todos les expone el hueso, usando aquello que los delimita para deformarlos. No deja muñeco con cabeza, pues para su prosa analítica no hay intocables (de lo único que se le podría «acusar», en todo caso, es de asumir una perspectiva elitista, de restringirse a ciertos estratos y tendencias).

A este propósito sirven bien la ironía y el omnipresente humor negro, aportando momentos inolvidables como la apología de «McDonald's, un modelo democrático» que hacen Kamtchowsky y Pabst. O bien, el atraco nocturno del que Rosa Ostreech y Collazo son víctimas en un parque: la joven narradora jamás habla de «ladrones», sino que se sirve de feroces eufemismos como «excluidos del contrato social», «correlatos de la perversidad del capitalismo», «gemelos de pobreza estructural», etc. Por si fuera poco, lo que más le afecta del incidente es que uno de los antisociales la llamara «gorda».

Otros pasajes de deliciosa mordacidad reposan en el diario de Vivi, la tía de Kamtchowsky, desaparecida por ser miembro de una agrupación clandestina de izquierda. Las entradas están escritas como cartas al líder chino Mao Tse Tung, en el tono «Querido diario» que le daría una quinceañera, pero a la vez, con la convicción ideológica plena de una militante roja. Como si se tratara de su mejor amiga, Vivi le cuenta a Mao sus asuntos sentimentales, analizándolos siempre desde la óptica marxista. ¿Quién dice que una gran ideología no ha de «ocuparse» a ratos de frivolidades o intimidades?

Por contrapartida, observamos reiterados apuntes etnográficos sobre ciertas costumbres de tribus primitivas que, además de llamarnos a capítulo –para que no perdamos de vista el interés «científico» de esta excursión literaria– nos recuerdan que, en el fondo, hoy en día no somos menos salvajes, ni tenemos menos miedo al otro que nuestros ancestros. Lo que ha cambiado son las formas, los rituales, amparados o contenidos por la interfaz que brinda la civilización: ahora practicamos contra nuestra especie formas más refinadas de la violencia que antaño usaran las bestias con nosotros.

Pareciera que en esta novela todo puede explicarse según un paradigma o a la luz de un símil; todo puede justificarse, diseccionarse y hasta reducirse a una fórmula matemática, como sucede con el sexo (cf. Oloixarac, 2010: 36). El agua también puede «reducirse» a una fórmula y no por ello deja de ser menos real para nosotros, pero esa fórmula no nos dice nada en cuanto a su propiedad refrescante o su transparencia, aquello que atañe a los sentidos, a la conciencia, a lo humano.

En ese sentido, *Las teorías salvajes* acusa cierto parentesco con las novelas «ensayísticas» del canadiense Douglas Coupland; más aún, luce como una transposición literaria de las obras de Marshall McLuhan o Douglas Rushkoff, paladines del ámbito de la tecnología y de las ideas futuristas, pero también, artífices del *collage* argumental, al que concurren las anécdotas curiosas, la Historia y miríadas de datos científicos duros en refuerzo de sus ideas peregrinas. Desde luego, esta curiosa impronta no implica que Oloixarac sea refractaria a la tradición literaria de su país. Jorge Luis Borges asoma en sus pretensiones de ensayista de ficción (incluso se apropia de la famosa aserción sobre los espejos que figura en «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», modificándola). También Ernesto Sábato se hace presente: la delirante puesta a prueba de la teoría que Rosa Ostreetch emprende con Collazo nos refiere a esos regios documentos literarios de la paranoia que son *El túnel* y el «Informe sobre ciegos» de *Sobre héroes y tumbas*. Y no son los únicos.

Por irónico que parezca, si hay alguna clase de ardor en *Las teorías salvajes* éste proviene de lo cerebral, de su prosa exquisita y despiadada. Si hay alguna entraña en la cual perderse dentro este libro es la de su verbosidad y su ingenio, la amplitud de su ambición y su juguetona grandilocuencia.

## REFERENCIAS

- Berger, M. (1979). *La novela y las ciencias sociales: mundos reales e imaginados*. México: Fondo de Cultura Económica.